

rocaeditorial Criminal



PETER

casi muerto

JAMES



«James es cada vez mejor y se merece sin lugar a dudas todos los éxitos que está teniendo con esta serie de primera.»

Independent on Sunday

Casi muerto

Peter James

Traducción de Escarlata Guillén



Rocaeditorial

Título original inglés: *Not Dead Enough*
© 2007, Peter James

Primera edición: octubre de 2008

© de la traducción: Escarlata Guillén
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08001 Barcelona.
e-mail: correo@rocaeditorial.com
internet: <http://www.rocaeditorial.com>

Impreso por Puresa, S.A.
Girona, 206
Sabadell (Barcelona)

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

La oscuridad tardó en llegar, pero la espera mereció la pena. Además, el tiempo no suponía ningún problema para él. El tiempo —había acabado comprendiendo— era una de las pocas cosas en la vida que abunda cuando no se tiene mucho más. Era un rico de tiempo. Casi multimillonario.

Poco antes de la medianoche, la mujer a la que estaba siguiendo salió de la autopista y entró en el resplandor solitario del patio de una gasolinera BP. Él detuvo la furgoneta robada en el desvío oscuro, tras centrarse en las luces de freno de su coche. ¡Rojo para el peligro, rojo para la suerte, rojo para el sexo! «El 71 por ciento de las víctimas de homicidio fueron asesinadas por alguien a quien conocían.» La estadística daba vueltas y vueltas en su cabeza, como la bola de una máquina del millón. Coleccionaba estadísticas, las guardaba cuidadosamente, como una ardilla las nueces, para alimentarse durante esa larga hibernación de la mente que sabía que llegaría algún día.

La pregunta era: ¿cuántas víctimas de ese 71 por ciento sabían que iban a matarlas?

«¿Lo sabe usted, señora?»

Los faros de los vehículos pasaban a toda velocidad, la estela de un camión meció el pequeño Renault azul y provocó que vibraran las herramientas que llevaba detrás. Sólo había dos coches más en los surtidores, un monovolumen Toyota que estaba a punto de arrancar y un Jaguar grande. Su propietario, un hombre rollizo con un esmoquin que le sentaba muy mal, volvía de pagar en la ventanilla y se guardaba la cartera en el bolsillo. Había estacionado un camión cisterna de BP, su conductor,

vestido con un mono, desenrollaba una manguera larga, preparándose para rellenar los depósitos de la gasolinera.

Por lo que pudo determinar con un barrido minucioso, sólo una cámara de seguridad escudriñaba el patio. Era un problema, pero podía solucionarlo.

¡La mujer no podría haber elegido un lugar mejor para detenerse!

Le lanzó un beso silencioso.

En el aire cálido de aquella noche de verano, Katie Bishop se apartó el pelo rojizo y alborotado de la cara y bostezó, se sentía cansada. Mucho más que cansada, en realidad. Estaba agotada —pero de un modo muy, muy agradable, ¡gracias!—. Examinó el surtidor de gasolina como si fuera una criatura extraterrestre colocada en el planeta Tierra para intimidarla, ése era el sentimiento que le despertaban la mayoría de los surtidores de gasolina. Su marido siempre tenía problemas para entender las instrucciones del lavavajillas o la lavadora, decía que estaban escritas en un idioma extraño llamado «mujer». Bueno, pues para ella los surtidores de gasolina se regían por un idioma igualmente extraño: las instrucciones estaban escritas en «macho».

Como siempre, le costó sacar la tapa del depósito de su BMW. Luego se quedó mirando las palabras «PREMIUM» y «SÚPER», intentando recordar cuál utilizaba el coche, aunque le parecía que nunca conseguía acertar. Si lo llenaba con premium, Brian la criticaba por poner una gasolina de una calidad demasiado baja; si metía súper, se molestaba con ella por gastar dinero. Pero ahora no salía ninguna de las dos. Sujetaba la pistola del surtidor con una mano, apretando con fuerza el gatillo, y agitaba la otra, intentando llamar la atención del encargado nocturno que dormitaba detrás del mostrador.

Brian la exasperaba cada vez más. Estaba harta de que se preocupara por todo tipo de pequeñeces —como la manera de colocar el tubo de la pasta de dientes en la repisa del baño, o como asegurarse de que todas las sillas de la mesa de la cocina estuvieran exactamente a la misma distancia las unas de las

otras. Hablamos de milímetros, no de centímetros—. Además estaba volviéndose un poco pervertido; a menudo regresaba a casa con bolsas de *sex shops* llenas de cosas raras que insistía en que probaran. Y aquello le suponía un gran problema.

Tan absorta estaba en sus pensamientos que ni siquiera se dio cuenta de que el surtidor vibraba hasta que se detuvo con un ruido repentino. Inhalando el olor de los gases del combustible, que siempre le habían gustado bastante, volvió a colgar el surtidor, cerró el BMW con llave —Brian la había advertido de que a menudo robaban coches en las gasolineras— y se dirigió hacia la taquilla a pagar.

Al salir, dobló con cuidado el recibo de la tarjeta de crédito y lo guardó en su monedero. Abrió el coche, subió, cerró por dentro, se puso el cinturón y arrancó el motor. El CD de *Il Divo* comenzó a sonar de nuevo. Por un momento, pensó en bajar la capota del BMW, luego decidió no hacerlo. Era más de medianoche; sería un blanco vulnerable si conducía por Brighton a estas horas con el coche descapotado. Era mejor permanecer encerrada y segura.

Hasta que salió del patio y recorrió unos cien metros del desvío oscuro no se percató de que algo olía distinto en el coche. Un perfume que conocía bien: *Comme des Garçons*. Entonces vio que algo se movía en el retrovisor.

Y se dio cuenta de que había alguien dentro.

El miedo se apoderó de su garganta como un anzuelo; las manos se le paralizaron en el volante. Pisó el pedal del freno con fuerza y el coche se detuvo con un chirrido. Buscó la palanca de cambios, para regresar a la seguridad del patio. Entonces notó el metal frío y afilado en el cuello.

—Sigue conduciendo, Katie —dijo él—. No has sido una niña buena, ¿verdad?

Entrecerrando los ojos para verle en el retrovisor, vislumbró un destello de luz, como una chispa, que salía de la hoja de un cuchillo.

Y en ese mismo retrovisor, él vio el terror reflejado en los ojos de la mujer.

*M*arlon hacía lo de siempre, es decir, nadar por su pecera, circunnavegando por su mundo con la determinación incansable de un explorador que se adentra en un continente desconocido más. Abría y cerraba la boca, casi siempre mordiendo el agua, sólo engullendo de vez en cuando una de las bolitas microscópicas que Grace imaginaba que, por lo que le habían costado, serían el equivalente para peces de una cena en el restaurante de Gordon Ramsay.

Grace estaba apoltronado en el sillón reclinable en el salón de casa, que su esposa, Sandy, desaparecida tiempo atrás, había decorado con un estilo minimalista zen en blanco y negro; allí sus recuerdos abundaban hasta hacía poco. Ahora tan sólo quedaban algunos objetos singulares de los cincuenta que habían comprado juntos (ocupando el lugar de honor estaba una máquina de discos que habían restaurado) y una única fotografía de ella, en un marco de plata, tomada doce años atrás en unas vacaciones en Capri, su rostro hermoso y bronceado sonriendo con descaro. Estaba apoyada en unas rocas escarpadas, con su pelo rubio revoloteando al viento, bañado por la luz del sol, como la diosa que había sido para él.

Tomó un trago de Glenfiddich, los ojos pegados a la pantalla del televisor, viendo una película antigua de DVD. Era una de las diez mil que su amigo Glenn Branson no podía creer que no hubiera visto nunca.

Y no era que últimamente la superioridad cinematográfica de Branson sacara lo mejor de su naturaleza competitiva, sino que Grace se había propuesto aprender, educarse, llenar ese enorme agujero negro cultural que tenía en la cabeza. Durante

el mes pasado, se había ido dando cuenta de que su cerebro era el depositario de páginas y páginas de manuales de instrucción policial y datos sobre rugby, fútbol, automovilismo, críquet y poco más. Y eso tenía que cambiar. Deprisa.

Porque por fin estaba quedando otra vez con alguien —salía con una mujer, la deseaba, estaba totalmente loco por ella, tal vez incluso enamorado—. Y no podía creer la suerte que tenía. Pero ella era mucho más culta que él. A veces parecía haber leído todos los libros que se habían escrito, que había visto todas las películas, que había asistido a todas las óperas y que conocía intelectualmente la obra de todos los artistas de renombre, vivos o muertos. Y por si no fuera poco, estaba estudiando un curso de Filosofía en la universidad a distancia. Aquello explicaba la pila de libros de filosofía que descansaban sobre la mesita de café junto al sillón. La mayoría los había comprado hacía poco en City Books, en Western Road, y el resto, rebuscando en casi todas las librerías de Brighton y Hove.

Dos títulos supuestamente accesibles, *Las consolaciones de la filosofía* y *Zenon y la tortuga*, estaban arriba del montón. Libros para profanos que comenzaba a comprender. Bueno, algunos trozos, en cualquier caso. Al menos le proporcionaban conocimientos suficientes para salir del apuro en las conversaciones que mantenía con Cleo sobre algunos de los temas de los que hablaba. Y descubrió que le interesaban de verdad, lo cual era bastante sorprendente. Conectaba en particular con Sócrates. Un solitario, condenado a muerte por sus pensamientos y enseñanzas, que en una ocasión dijo: «Una vida sin examen no es digna de ser vivida».

Y la semana pasada ella lo había llevado al Glyndebourne, a ver *Las bodas de Fígaro*, de Mozart. Algunos pasajes de la ópera se le hicieron largos, pero hubo momento de una belleza tan intensa, tanto por la música como por el espectáculo, que casi se le escapó una lágrima de la emoción.

Ahora, se sentía atrapado por la película en blanco y negro que estaba viendo, ambientada en la Viena de posguerra. En escena, Orson Welles, que interpretaba a un estraperlista llamado Harry Lime; estaba con Joseph Cotten en la cabina de una noria en un parque de atracciones. Cotten reprobaba a su viejo amigo

Harry que se hubiera vuelto un corrupto. Welles contraatacaba diciendo: «En Italia, en treinta años de dominación de los Borgia, no hubo más que terror, guerras, matanzas... Pero surgieron Miguel Ángel, Leonardo da Vinci y el Renacimiento. En Suiza, por el contrario, tuvieron quinientos años de amor, democracia y paz. ¿Y cuál fue el resultado? El reloj de cuco».

Bebió otro trago largo de whisky. Welles interpretaba a un personaje simpático, pero Grace no sentía ninguna simpatía por él. El hombre era un villano y, a lo largo de sus veinte años de carrera hasta la fecha, el comisario jamás había conocido a un delincuente que no intentara justificar lo que había hecho. En sus mentes retorcidas, era el mundo el que estaba mal, no ellos.

Bostezó, movió el vaso vacío y los cubitos de hielo repique-tearon. Pensaba en mañana viernes y en la cena con Cleo. No la había visto desde el viernes anterior, pues había pasado el fin de semana fuera, en una gran reunión familiar en Surrey. Sus padres celebraban su trigésimo octavo aniversario de boda y él había sentido una punzadita de malestar porque no lo había invitado, como si guardara las distancias para marcar que aunque estuvieran saliendo, y haciendo el amor, en realidad no eran una pareja. Luego, el lunes, se había marchado a un curso de formación. Aunque habían hablado todos los días, y se habían mensajado por móvil e Internet, la echaba muchísimo de menos.

Y mañana él tenía una reunión a primera hora con su jefa impredecible, la agridulce Alison Vosper, la subdirectora de la Policía de Sussex. Muerto de cansancio de repente, se debatía entre servirse otro whisky y ver el resto de la película o dejarlo para la noche siguiente cuando llamaron a la puerta.

¿Quién diablos lo visitaba a medianoche?

El timbre volvió a sonar. Lo siguió un golpeteo seco. Luego otro más.

Perplejo y cauteloso, paró el DVD, se levantó, un poco inestable, y salió al recibidor. Más golpes, insistentes. Luego sonó otra vez el timbre.

Grace vivía en un barrio tranquilo, casi residencial, una calle de casas pareadas que llegaba hasta el paseo marítimo de

Hove. Quedaba lejos del lugar que frecuentan los drogatas y los marginados que poblaban las noches de Brighton y Hove, pero, de todas formas, estaba alerta.

A lo largo de los años, debido a su trabajo, se había peleado —cabreado— con muchos sinvergüenzas de esta ciudad. La mayoría sólo eran delincuentes comunes, pero algunos eran actores poderosos. Había un sinfín de personas que podían tener una buena razón para ajustar las cuentas con él. Sin embargo, nunca se había molestado en instalar una mirilla o una cadena de seguridad en la puerta.

Así que, confiando en su ingenio, un tanto confundido por el exceso de whisky, abrió la puerta de par en par. Se encontró mirando al hombre a quien más quería en este mundo, el sargento Glenn Branson, un tipo de un metro noventa, negro y calvo como una bola de billar. Pero en lugar de ofrecerle su habitual sonrisa alegre, el sargento parecía arrugado y tenía los ojos llorosos.

La hoja del cuchillo le presionó el cuello con más fuerza y le pinchó la piel. Le dolía más y más con cada bache de la carretera.

—Ni se te ocurra pensar en lo que sea que estés pensando hacer —dijo él con voz tranquila y llena de buen humor.

La sangre le bajaba por el cuello; o quizás era sudor, o ambas cosas. No lo sabía. Intentaba desesperadamente vencer el terror que sentía y pensar con calma. Abrió la boca para hablar, mirando a los faros que se acercaban, agarrando el volante del BMW con manos resbaladizas, pero el filo sólo se le clavó más y más.

Estaban subiendo por una colina, las luces de Brighton y Hove a su izquierda.

—Ponte en el carril de la izquierda. Toma la segunda salida en la rotonda.

Katie obedeció y entró en la avenida ancha de dos carriles de Dyke Road. El resplandor naranja del alumbrado de la calle. Casas grandes a cada lado. Sabía adónde iban y sabía que tenía que hacer algo antes de que llegaran. Y, de repente, el corazón le dio un brinco de alegría. Al otro lado de la calle vio el destello de unas luces azules. ¡Un coche de la policía! Estaba deteniéndose delante de otro coche.

Soltó la mano izquierda del volante y la movió hacia la palanca de las luces. Tiró hacia ella, con fuerza. Y los limpiaparabrisas arañaron el cristal seco.

«Mierda.»

—¿Por qué has puesto los limpiaparabrisas, Katie? No está lloviendo —oyó su voz desde el asiento trasero.

«Oh, mierda, mierda, mierda. ¡Me he equivocado de palanca, joder!»

Y ahora ya habían dejado atrás el coche patrulla. Vio las luces, que desaparecían como un oasis, en el retrovisor. Y vio el contorno de la cara barbuda del hombre, ensombrecido por la gorra de béisbol y más oculto aún por las gafas de sol que llevaba, pese a ser de noche. El rostro de un desconocido, pero al mismo tiempo un rostro —y una voz— que le resultaban inquietantemente familiares.

—Vas a tener que girar a la izquierda, Katie. Deberías reducir. Ya sabrás dónde estamos, espero.

El sensor del salpicadero activaría automáticamente el interruptor de la verja. En unos segundos comenzaría a abrirse y luego se cerraría tras ella y se quedaría a oscuras, sola, nadie podría verla, excepto el hombre que tenía detrás.

No. Tenía que evitar que eso sucediera.

Podía dar un volantazo, empotrar el coche en una farola. O chocar contra los faros del vehículo que se aproximaba a ellos. Se puso más tensa aún. Miró el indicador de velocidad. Intentaba elaborar un plan. Si frenaba en seco o colisionaba con algo, el hombre saldría disparado hacia delante, el cuchillo saldría disparado hacia delante. Era lo más inteligente. Lo más inteligente no. Era la única opción.

«Oh, Dios mío, ayúdame.»

Algo más frío que el hielo se revolvió en su estómago. Tenía la boca seca. Luego, de repente, su teléfono móvil, en el asiento de al lado, comenzó a sonar. El tono estúpido que su hijastra, Carly, que acababa de cumplir trece años, había programado y tenía que soportar. La maldita *Chicken song*, que le hacía pasar una vergüenza terrible cada vez que sonaba.

—Ni se te ocurra contestar, Katie —dijo él.

No lo hizo, sino que obedeció y giró a la izquierda, cruzó la verja de hierro forjado que se había abierto servicialmente y subió el camino asfaltado, corto y oscuro, flanqueado por rododendros enormes e inmaculadamente podados que Brian había comprado, por un precio exorbitante, en un vivero arquitectónico. Para tener intimidad, había dicho.

Ya. Vale. Intimidad.

La fachada de la casa apareció imponente a la luz de los faros. Al marcharse, tan sólo unas horas antes, era su hogar. Ahora, en este momento, le pareció algo muy distinto. Le pareció un edificio extraño y hostil que le gritaba que se fuera.

Pero la verja ya estaba cerrándose.

PETER JAMES nació en 1948.

Además de escritor, es productor de cine.

Sus novelas, que reflejan su interés por la medicina,

la ciencia y lo paranormal, han sido traducidas

a 26 idiomas. Actualmente vive en Sussex.

Rocaeditorial ha publicado *Una muerte sencilla*

y *Muerte prevista*.



«¿Conoces a Roy Grace? ¿Todavía no?

Tras *Una muerte sencilla* y *Muerte prevista*,

Peter James nos vuelve a seducir con *Casi muerto*,

un nuevo caso del peculiar inspector de la policía

de Brighton Roy Grace.»